

NOTAS NOTAS

las "bailamuertos" Figueredo en cuya casa Evaristo ahogaba su frustración. Este último es la verdadera desgracia de la casa: luchador en las jornadas del 28 y el 36, estudiante malogrado, convertido en torturador profesional en el Trocadero, donde le mete ponzoñas y alacranes en el cuerpo de la gente ajena, aplicándole reflectores en la cara y corrientazos en los testículos. Con todo el aparente triunfo de su causa no es un hombre dichoso. "Se le han formado unas bolsas bajo los ojos y el malestar del trasnocho y el aguardiente, como un nuevo alacrán, le muerde en la comisura de los labios, le orina el esófago y le pone temblorosas las manos...". Termina, presa de las ratas, al caerse borracho cuando iba camino de su casa.

Después de una caracterización tan dramática resulta innecesaria la inserción de un diálogo entre Evaristo y su hermana Edelmira, donde él procura justificarse usando citas del Diario de Debates de la Constituyente. No se compagina, con el estilo general de esta obra, una simple transcripción, tan poco poética. En cambio creemos legítima la escena del cine Colón, criticada por algunos como perfectamente prescindible. El cineasta Izaguirre, a pesar de comentar "la lentitud y ostensible torpeza de los actores de aquel mal film, la mediocre disposición del director de la película para conducir con más acierto, ritmo y movilidad..." cede la palabra al novelista y se confunde con éste para hacernos revivir el ambiente de cine de barrio, muy bien encuadrado dentro de la tradicional parroquia, amenazada por el Maligno. ALACRANES es una novela digna de figurar en cualquier biblioteca,

pública o particular, no sólo en Venezuela sino en cualquier país de habla hispana. Su tinte localista, su descripción de costumbres añejas y de supercherías, su aparente limitación a unas cuantas esquinas del antiguo casco urbano, no le quita su proyección universal.

Porque, como dice Camus, "...se puede leer en los libros que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa".

SALVADOR PRASEL



Luis Alberto Crespo: SI EL VERANO ES DILATADO (Poemas). 1968. Colección Actual, Ediciones del Rectorado de la Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.

"Este es un libro que introduce una postura singular en la poesía venezolana: el tratamiento descarnado y directo de un paisaje y unos hombres para convertirlos en visiones trascendentes, sobrecargadas de nostalgia, polvo, silencio y ruido de sol".

El juicio contenido en estos primeros párrafos de la nota de presentación al poemario de Luis Alberto Crespo, "Si el Verano es Dilatado" (mención honorífica en el concurso José Rafael Pocaterra 1967), nos anticipa el descubrimiento de una virtud primordial en este libro, sorprendente por

NOTAS NOTAS

su coherencia estilística y la unidad de su estructura. Raras veces en la poesía venezolana de los últimos tiempos hemos encontrado un texto tan equilibrado y consistente, tan orgánico en su concepción y libre, sin embargo, de cualquier esquematismo previo. Al mismo tiempo, la concepción general de la obra, si quisiéramos encontrarle algún indicio de plan preconcebido (la impecable unidad formal que obtiene Crespo en sus poemas es más bien el resultado de una unidad interior: su constante fidelidad consigo mismo, con sus vivencias y fabulaciones) se sitúa en un plano singular. Es evidente que Crespo, como si quisiera valerse de proposiciones esencialmente narrativas, nos coloca dentro de una acción, una acción que se aprehende sin la menor dificultad al encontrarnos con un ámbito físico, unos personajes, lugares y cosas, nombres propios, una subjetividad en primera persona y un clima. Los elementos de relación con ese mundo se nos aparecen continuamente en estado primario, desnudo, vivos, golpeantes en su descarnada y desapaecible realidad, sensibles al tacto y a la vista, como aventados hacia nosotros por la fuerza elemental del lenguaje. En este sentido, objeto y palabra forman en esta poesía una unidad esencial, inseparable: el objeto *es* su nombre, se ilumina, se descubre al ser nombrado; adquiere así una presencia orgánica en el poema, una realidad tenaz e insustituible, mientras la ausencia de adjetivación, de todo recargo gramatical lo dotan de una claridad elemental. Crespo obtiene en esta forma la ilusión de un trazo despejado con grandes espacios de luz, de aire libre donde se recorta una línea implacable, precisa

que va fijando, aislando los contornos visuales con terrible dureza, como en el paisaje áspero, calcáreo y despojado de las sabanas de Carora, que son el escenario real del poema. Porque si Crespo ha querido comunicarnos la visión íntima y nostálgica de su pueblo natal, lo hace con la más clara autenticidad, al confiarse sin reservas a la única situación posible dentro del legítimo trance poético: la iluminación y el asombro, la revelación constante de una realidad cuya inmediatez, libre de enmiendas y retoques verbales, hace más elusivos e inaprehensibles sus contornos. El objeto, familiar y toscó, colocado al parecer al alcance de la mano, se desliza por un plano inesperado de irrealidad, de sueño y queda suspendido en un aire de pura subjetividad donde toda transmutación se hace posible. La alucinación y el misterio brotan a partir de las primeras frases del poema inicial del libro, crean sus propias leyes y se mantienen dominantes en todo el desarrollo: "No entendía. Prefería enseñar, asustado, / antes que heredar un hierro para marcar reses, / figuras de insolación, con las piernas metidas en los charcos. / Siempre creí que me llevarían los espantos, / de tanto silbar en las cuevas, de tanto escarbar en los portones, / en cuartos hundidos, con olor a culebra". Estamos, pues, en las calles de un pueblo, con la presencia total y hostigante del sol; pisamos los terrones, las latas oxidadas, las espinas; los personajes cruzan enfebrecidos por la insolación, borrados por el viento y la cal; animales y cosas vagan, se transforman en un tiempo de ánimas y perturbaciones.

SI EL VERANO ES DILATADO es un libro que se lee sin pausas, porque

NOTAS NOTAS

su atmósfera atrapa y contamina. Su aliento y su verdad quedan como un testimonio de autenticidad para la joven poesía venezolana.

S. G.



EL TIEMPO EN "LA GALERA DE TIBERIO", DE ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ.

Si se le preguntara a Xavier Silvela, narrador omnisciente de "La Galera de Tiberio", cuál es el tema de la obra, diría sencillamente que es "un relato extraño, un poco desordenado y escrito a ratos con bastante descuido y negligencia, mezcla de hechos fantásticos y de otros más reales o menos increíbles, como dos mundos distintos y contradictorios, o mejor dicho como si en el fondo de todo aquello el uno apareciese derivándose del otro".

El tema de esta novela cuasi-póstuma de Enrique Bernardo Núñez hay que rastrearlo en tres planos narrativos, perfectamente delimitados. El primero corresponde al pasado. Y gira en torno a la historia de un anillo que perteneció a Tiberio, el emperador romano. La historia la refiere en partes Darío Alfonso, un rumano descendiente de los judíos españoles expulsados en el Siglo XVI. En ella se cuentan las andanzas del mencionado anillo en manos de grandes figuras de la historia. El relato parece que fuera un alarde de erudición histórica, de historia menuda. Pero en el fondo, es un *motivo ciego* de la narración y al mismo tiempo un símbolo del poder y la sabiduría de los grandes capitanes de la humanidad. Ese símbolo está complemen-

tado con el de la galera, nave misteriosa, que va unida a las andanzas del anillo. Aparece cuando grandes acontecimientos presagian cambios en el mundo. Y su estructura de nave movida por dos órdenes de remos, a los cuales van muchos hombres encadenados, permite pensar la relación que existe entre los grandes capitanes y las masas que los siguen.

El segundo plano corresponde al futuro. Aquí el narrador es un profesor universitario alemán, Herr Camphausen, visionario de las civilizaciones pasadas, presentes y futuras, cuya sabiduría lo ha llevado al convencimiento de que los hombres y las civilizaciones siempre son las mismas y siguen evoluciones parecidas. Por eso no escribe la historia de los tiempos pasados sino la del futuro. La visión expresionista que Herr Camphausen tiene del mundo, colinda con los *sincronismos posibles por encima del tiempo*, que Alejo Carpentier señala en su ensayo "Sobre lo real maravilloso". Pero con la diferencia de que aquí la relación no es la del ayer con el presente, sino la del presente con el mañana.

En la historia de Herr Camphausen, Washington viene a ser lo que fue Roma en el pasado: alfa y omega de todas las comunicaciones del mundo. El presidente Picker ejerce omnímodos poderes con un parlamento parecido al Senado romano en época de Augusto o de Tiberio. Se construye una gran plataforma en el Atlántico, a donde se podía ir "con un contrabando de licores, un equipo de golf y una cabaretista"; lo cual hace recordar la vida de Tiberio en Capri con toda la serie de monstruosidades que la refiere Suetonio en su "Vida de los Césares". Al mismo presidente